



Dr. Osvaldo Puccio

*Resucita la OTAN, se rearma Alemania*

# Europa en el nuevo Orden

La guerra en Ucrania, con independencia de sus causas, su desarrollo, las justificaciones y las transgresiones que es necesario tratar y tener en cuenta y que deben ser tratadas a la hora de referirse a ella produjo, sin duda, un cambio copernicano en un orden mundial que estaba en un proceso de cambio y sobre todo de consolidación de los actores que serían o pretendían ser los protagonistas principales en el nuevo teatro global que se abría.

A casi cuatro meses de la invasión rusa a un estado soberano, el cuadro es muy otro y la configuración de la escena aún abierta en un proceso en que es más fácil intuir y definir los peligros que este conlleva que prever la configuración de lo que será el nuevo estado de cosas, una vez que se haga el camino inverso de Clausewitz y la guerra asuma los medios de la política.

Es un lugar común recurrente afirmar que estamos en un “tiempo de cambios”, no se necesita ser un gran conocedor del “filósofo llorón” y su panta rei para tener claro que cuando hablamos de cambio nos estamos refiriendo a un estado permanente de la sociedad humana. Lo que pareciera, sin embargo, caracterizar los tiempos de cambio que corren actualmente es su imprevisibilidad. El que Putin diera el paso que dio fue desde el punto de la mínima racionalidad y lógica dentro del marco de los acontecimientos y dinámicas de la búsqueda de una nueva configuración hegemónica dentro del Orden Global existente, poco predecible porque dentro de esa lógica y racionalidad era un hecho cierto que de no resultar un golpe breve y certero abriría, como lo ha hecho, un pandemio difícil de ordenar y controlar.

No era, desde luego, del modo en que ocurrió perfectamente previsible, como no lo era en su momento un Presidente en Washington que optara por un paradójico solipsismo agresivo que no reparó en saltarse todas las normas democráticas de su país con lo que generó dinámicas que con distinto grado de mediación son antecedente ineludible para los desarrollos posteriores, también la relación con Rusia y sobre todo la relación de Rusia desde su percepción subjetiva del peligro y su convicción de ser agobiada y amenazada por “occidente”.

Es un dato que las transgresiones rusas a las normas internacionales y a la soberanía de los países suelen generar más rechazo y condena que las que probablemente con más frecuencia ha realizado en el periodo de la Guerra Fría y el tiempo que la sucedió los EEUU, al menos en Europa occidental, misma Europa que había por experiencia y convicción buscado un nuevo trato de colaboración e integración con Rusia ya desde los años 70 del siglo pasado, liderados entonces por la política de la détente de Willi Brandt, que con gran consistencia y convicción llevaron a cabo sus sucesores, también Helmut Kohl y Angela Merkel de signo político distinto que la siguieron y profundizaron. Francia, Italia, los escandinavos y también la UE no actuaron de manera distinta. El acto de Putin, saltándose de modo flagrante la legislación internacional, está cambiando de manera radical ese estado de cosas y esa dinámica de colaboración, al menos en Europa.

La agresión rusa a Ucrania trasladó la disputa abierta desde el fin del mundo unipolar surgido luego del fin de la Guerra Fría por una nueva configuración hegemónica desde el pacífico, donde EEUU y China buscaban en un juego que iba desde mostrar dientes a la amabilidad hipócrita al centro de Europa. Una vez más aparece Halford Mackinder, el geógrafo británico considerado fundador de la geopolítica, que en su más importante texto de 1919 “Democratic ideals and reality” afirma que quien domina Europa del Este domina “el corazón del mundo” (heartland). Con certeza una afirmación de este tipo referida al mundo que salía de la Primera Guerra en un contexto de cambios profundos en la propia Europa y con un cuadro de colonialismo enseñoreado en vastos espacios de la tierra, es hoy por hoy algo exagerada y con un cierto tufillo de anacronismo, pero es perfectamente válido si nos situamos en una Europa que se ve nuevamente sumida en un conflicto entre sus dos espacios culturales más consistentes -Rusia y “Occidente”- caracterizados por una tan compleja relación de imbricación, dependencia, ajenidad y conflicto.

Los dos espacios geográficos, históricos y culturales europeos a partir de la acción rusa se ven nuevamente cruzados por tensiones que no había previsto y que la cultura cotidiana de los distintos países ya consideraba del todo materias de libros de historia.





Aún en enero de este año 2022 el concepto de “rearme alemán” habría sido considerado un absurdo de alucinados y hoy se encuentra con una sólida mayoría en el Bundestag -el parlamento de la RFA- perfectamente en curso. El descomunal aumento del presupuesto militar de Alemania, recientemente definido por las autoridades en Berlín, dan cuenta de ello.

Es probablemente más allá de su acerada manifestación material un quiebre con una cultura de pacifismo y rechazo a lo militar que se había instalado con singular fuerza en las generaciones de la postguerra, cultura que era compartida en ambas alemanias y que fue asumida tras la unificación por el país completo.

Este quiebre presupuestario, pero sobre todo cultural y de disposición política hacia una nueva actitud y conducta del país frente a los asuntos referidos a la seguridad y la defensa no solo en tanto país individual, sino en su visión frente a estos asuntos como Europa comunitaria (esta vez con y no contra Francia) es una cisura muy relevante y un “cambio cualitativo en la calidad” -para hablar con el prusiano Hegel- en la construcción europea. Sin temor a exagerar y en un proceso histórico que aún fluye y cuyas consecuencias están lejos de ser vistas como consolidadas, el cambio alemán es hasta ahora el giro estratégico más profundo y de mayores consecuencias en la actual coyuntura. Tiene un enorme peso en la correlación de fuerzas al interior del continente, pero por sobre todo una gran envergadura simbólica. El ingreso de Suecia y Finlandia a la OTAN no le van en saga.



Ello es consecuencia directa del paso bélico dado por Rusia que cambiará obviamente el modo y la manera de la relación de los dos espacios europeos. También, aunque está más abierto la manera en que se consolidará el vínculo tras la crisis de la relación de la UE con EEUU y, particularmente, su aspiración a mayor autonomía estratégica. Ello por angas o por mangas cuestiona o a lo menos tensiona la relación con la OTAN que significa la presencia con dominancia en estos aspectos de Washington en el espacio europeo.

Es ineludible en este contexto tener en cuenta, asimismo, el cambio progresivo en la manera de entender el papel de China por parte de la UE en el contexto global que ha ido pasando de la mirada a una potencia económica con todo lo que eso implica a una que crecientemente se transforma y asume como un jugador geopolítico principal que se encuentra con Europa de manera creciente en áreas de interés europeo y, no solo como socio y competidor económico, sino como uno que se proyecta como poder global y se hace notar por significativas inversiones en armamento.

Josep Borrel, que actualmente dirige la diplomacia de la Unión Europea y que ha sido un promotor consistente de una mayor autonomía europea en asuntos de defensa, expresaba: “Lo que hemos aprendido de la guerra de Ucrania es que no basta con el comercio, no basta con el Estado de derecho, no basta con ser una buena potencia civil, tenemos que ser también una potencia militar”.

*Ello por angas o por mangas cuestiona o a lo menos tensiona la relación con la OTAN que significa la presencia con dominancia en estos aspectos de Washington en el espacio europeo.*





La afirmación de Borrel no es nueva y obedece a una visión al menos de los países principales de la comunidad de avanzar en la independencia de los miembros de la UE en temas de su propia seguridad y en su capacidad de incidir en distintos aspectos de ella a nivel global. La inflexión en este sentido a partir de los hechos que ocurren en la región en conflicto es la certeza que la sola caracterización de la propia Unión como “soft power” la convierte usando el antiguo término de Mao Tse Tung en un “tigre de papel” con muy pocos recursos para ser una voz audible en un mundo cada vez más preñado de conflictos y ello en una carrera por parte de los jugadores principales que muestran una realidad que no deja de producir temor y que desnuda la dinámica en que se encuentra el planeta “aún” globalizado: de 1999 a 2021, el gasto de defensa combinado de la UE aumentó un 19,7%, frente al 65,7% de Estados Unidos, el 292% de Rusia y el 592% de China.

Ello con la certeza que cualquiera que sea la salida de la actual situación la vecindad con Rusia generará un cuadro estratégico inédito al menos desde la primera guerra en condiciones de una Europa occidental en que su visión liberal, social y democrática tiene razones para sentirse amenazada y no solo desde su exterior.

Es ya el 2016 que la Unión Europea decide, al menos programáticamente, desenvolver lo que denominó como “Autonomía Estratégica” con el propósito expreso de influir en el manejo y solución de crisis en su entorno. Con ello se entiende no solo el Este del continente actualmente con la compleja situación bélica a la que hemos hecho mención, sino también en el sur y en la cuenca mediterránea donde los problemas van desde la piratería, pasando por los temas de mayor envergadura estratégica como los referidos a las fuentes energéticas y desde luego las migraciones. En el sur el conflicto Sirio es un factor nada irrelevante, lo que de paso, releva la importancia de Turquía, un vecino complejo de la UE y miembro pleno de la OTAN.

El aumento del gasto en seguridad y militar se mantenía constante y la mencionada autonomía un recurso que de manera más o menos retórica no pasaba de ser una expresión de deseo que se manifestaba con mayor o menor fuerza en unos países que en otros.

Entre 2016 y el 17 la Unión establece nuevas y más eficientes formas de cooperación y coordinación en el plano de la seguridad coincidiendo tanto con el BREXIT como con el inicio del gobierno de Trump en EEUU y la toma por Rusia de Crimea, que no se puede dejar de mencionar, produjo reacciones a nivel global que pueden considerarse del manual de la hipocresía o “realismo” en las relaciones internacionales, lo que seguramente generó expectativas a Putin.

Importante es señalar que las nuevas formas de cooperación en los asuntos de defensa incluían formas de financiamiento común a temas referidos a la adquisición de capacidades militares.

Este proceso iniciado entonces denota una ambigüedad que Europa no logra resolver y que la situación actual tiende a agudizar. Es la manera en que se vincula, se relaciona, se complementa o se aleja de la OTAN.





Es un complejo sentido de superioridad cultural y de auto-comprensiones civilizatorias que logró contrarrestar con enorme lucidez y visión estratégica en su día George Marshall con la propuesta y diseño del plan que posteriormente llevaría su nombre. Este plan surge como la propuesta americana ante un continente, cuya deriva era incierta -Italia, Grecia y la propia derrotada Alemania- y en el que la Unión Soviética asumía con fuerza la teoría de Andrei Zdanov en el PCUS de la conformación de “dos bandos irreconciliables”. La crisis de Berlín, el golpe en Checoslovaquia o la expulsión de Yugoslavia de la Comintern diseñan un cuadro que le permite a los EEUU una presencia poderosa y permanente en el continente. La OTAN es la expresión militar (y de más largo plazo) de la propuesta de Marshal. Los europeos asumen no necesariamente a regañadientes tanto el plan económico cuanto la alianza militar, pero Schuman y Adenauer diseñan paralelamente la Comunidad del Acero y el Carbón -piedra fundante de la UE- con la oposición de Inglaterra como respuesta europea y no anglosajona al proceso de americanización de la economía y la seguridad del continente en curso ya en el lejano 1951.

Era el tiempo entre 1945 y 1953 en que “los europeos vivieron a la sombra de la segunda guerra mundial y nerviosos y expectantes ante una tercera” (Tony Judt Postguerra p.358).

Es conocida la frase de Lord Hasting Ismay, el primer Secretario General de la OTAN, que afirmó que “el propósito de la OTAN es mantener a los rusos fuera, a los norteamericanos dentro y a los alemanes controlados”.

No cabe duda que el objetivo señalado por Ismay fue cumplido a cabalidad, desde luego durante toda la Guerra Fría, pero crecientemente después de ella y no solo por el constante escepticismo francés frente a la alianza fue perdiendo sentido y simpatía.

En noviembre de 2019 Macron diagnosticaba su “muerte cerebral” a lo que Angela Merkel respondía que ella era indispensable, no sin agregar el significativo “pero” que no obstante ello “Europa debía tomar más el propio destino en sus manos”.

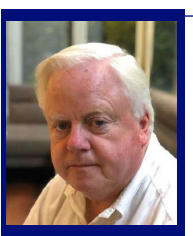
La ampliación de la OTAN a partir de 1990 a países que fueron parte de la URSS o a otros que pertenecieron a su área de influencia generó en la Rusia perdedora de la Guerra Fría, que por lo demás alega que hubo acuerdos explícitos de las distintas partes, que eso no sucedería una reiterada expresión de encierro, amenaza cuando no agobio, esta es como sabemos parte medular de la argumentación justificativa de su acción por parte de Putin. La paradoja es que es justamente esa “acción militar especial” la que claramente “resucitó” al paciente descrito por Macron y promovió incluso su ampliación.

La decisión conjunta y concordada de Suecia y Finlandia de pedir su ingreso a la OTAN tiene desde luego consecuencias militares de cara a la posición estratégica de ella frente a Rusia, pero sobre todo marca una ruptura con una política consistente y tradicional de neutralidad y puente en conflictos no solo en Europa, tal como lo dijimos, también el cambio de orientación alemana en relación a su propia fuerza militar.

Se trata, qué duda cabe, de un retroceso muy significativo en la situación continental de Moscú, pero también a la hora de la paz abre una compleja situación en la propia UE que tendrán que redefinir del todo su relación con la OTAN, que es la presencia estratégica permanente de EEUU en el continente, su relación con Rusia, pero también con sus vecinos del sur y no en último término el sentido, el rumbo, las prioridades y la acción de cara a los valores que la propia Unión reconoce como los que le dan sello y naturaleza.

El desafío mayor, sin embargo, para todos los involucrados es cómo enfrentar la nueva situación mundial donde la pandemia y este conflicto en el centro de Europa parecieran comportarse como catalizadores de un proceso de desglobalización masiva, que da señales de una nueva carrera armamentista. Las tensiones, los cuestionamientos cuando no la crisis de las democracias liberales y representativas en este contexto son parte, resultado, pero también causa de la nueva situación en curso. De ello habrá que reflexionar, debatir y hablar y mucho.

*Fin.*



**Dr. Osvaldo Puccio**

Phd EnFilosofía

Universidad de Humboldt de Berlín